

habitantes, es decir, la población total del mundo en el momento actual."

Después de insistir sobre la importancia de la política de caminos y puentes que se observa hoy en Venezuela, añade: "Por primera vez en más de cuatro siglos y medio de historia, Venezuela está echando las bases de su integración territorial, venciendo los obstáculos naturales creados por sus grandes ríos que, al correr de Oeste a Este, escindían las mitades norte y sur del país, y por el Lago de Maracaibo, cuya riqueza petrolera abrió la presente etapa de la economía moderna venezolana, pero que había sido un obstáculo en las comunicaciones directas y rápidas entre la rica zona agrícola y pecuaria del occidente de la cuenca y el resto de Venezuela."

Este panorama optimista de Leví Marrero resulta matizado con la visión de su cercanía e incluso de su parcial realización.

"Los venezolanos adultos que aprendieron su geografía hace años se ven obligados a repasar la nueva geografía nacional. La modificación de los paisajes avanza rápidamente y el status regional cambia igualmente por la acción transformadora de la técnica. Un caso extremo es el de Portuguesa, que ha pasado a ser el primer Estado agrícola de Venezuela, sustituyendo la imagen genérica de los Llanos, confinados antes a un predominio ganadero casi tiránico. Nuevas técnicas, ganadas en la experimentación nacional y en una persistencia política de fomento, han permitido quintuplicar en Portuguesa la proporción del área cultivada del Estado —diez por ciento— en relación con el promedio cultivado del área nacional: 2 por ciento, en tanto que la producción estatal representa el 34 por ciento del arroz, el 91 por ciento del ajonjolí, el 30 por ciento del tabaco y el 16 por ciento del maíz. Y esto es sólo un ejemplo.

La charla se ha prolongado. Marrero apenas ha hablado de su libro, pero en cambio fluyen sus opiniones y datos, con los cuales insiste para justificar su optimismo. No debemos olvidar que mientras Venezuela es hoy uno de los países de mayor potencial eléctrico en la América Latina, pues dispone de casi 1.500.000 kilowatios instalados, con un consumo per cápita de casi mil kilowatios hora anuales, en 1933 era uno de los países menos electrificados de América del Sur, con un promedio de 25 kilowatios hora. Todavía en 1950, con una producción de 82 kilowatios hora anuales per cápita, fuera de la industria petrolera, era superada por todos los demás países de América Latina, con la sola excepción de Bolivia, Paraguay y Ecuador. En 1964 su producción eléctrica per cápita supera a la de todos los países del continente.

Otra industria fundamental para el desarrollo venezolano, la producción de cemento, ha alcanzado un desarrollo tal que la producción venezolana por habitante supera a la del resto de la América Latina, según Marrero, quien agrega: "Con electricidad, cemento, acero producido en la poderosa planta de Matanzas y fertilizantes y el resto de los productos que viene aportando la variedad creciente de la industria petroquímica, Venezuela dispone de una base industrial sólida, sobre la cual se desarrollan las nuevas industrias de bienes de consumo que proliferan en el área metropolitana de Caracas, en la cuenca del Lago de Valencia, en el Zulia y en Lara."

En el acto solemnísimos de Miraflores, el Dr. Leví Marrero tuvo una frase de agradecimiento que quienes le conocemos y nos honramos con su amistad sabemos que resulta una de sus convicciones más fundamentales: "Todo hombre tiene dos patrias: la tierra en que nace y Venezuela. Esta preeminencia americana le fue legada a Venezuela por aquellos ejércitos impares que no desbordaron sus fronteras para conquistar, sino para libertar pueblos y partear naciones."

A. J. Villaverde, S. J.

POSIBILIDAD DE CAMBIO EN LA VIDA DE LA IGLESIA

1.—Espíritu revisionista de la juventud.

Hoy vivimos en una época de crítica de todos los elementos que integran las diversas sociedades humanas. Se critica la actuación del deportista y del artista; del político y del empresario; incluso, ¿por qué no?, las estructuras sociales, económicas y políticas. No existe en ello ningún mal, siempre y cuando no sea una crítica destructiva, sino constructiva, y en verdad que así quiere serlo la crítica de nuestro tiempo, aunque frecuentemente traspase los límites y sea más bien demoledora.

Una serie de factores han puesto en primer plano la necesidad de renovar los métodos, técnicas y estructuras en todo orden de cosas. Podemos dividir dichos factores en tres grandes grupos: 1) los llamados externos, 2) los psicológicos, 3) los internos.

1) Dentro de los primeros podemos agrupar la guerra, el progreso de la técnica, el ritmo de la vida moderna, cine, prensa, radio, televisión, el comunismo y el movimiento ecuménico.

2) En el segundo grupo encuéntranse: la sinceridad, el sentido crítico, utilitario y democrático; el valor de lo experimental, la crisis del individualismo, el colectivismo, la superficialidad y el sentimentalismo.

3) Finalmente enumeráanse dentro de los internos: el apostolado existencial y el espíritu revisionista.

Y sobresale por encima de todos ellos la sinceridad, que es el subterfugio de toda crítica. Las fórmulas son algo ficticio y ridículo para la juventud. No importa, dicen, tanto los gestos cuanto el sentimiento; no las apariencias, sino la realidad, es decir, que alardea de una sinceridad a ultranza que jamás se ha conocido (1).

(1) R. Torrella: "Aspectos humanos y divinos en la Iglesia."

Como algo consecuente al fenómeno de la crítica constructiva ha brotado en nuestros días la psicosis de autocrítica cuyo lema podría enunciarse: "Se ha de revisar todo." Las ciencias cósmicas avanzan, los hombres no podemos quedarnos a la rémora de las ciencias humanas. El vértigo de aquéllas es atómico; no puede serlo, pues, menos el de éstas. Y como resultado final es que la juventud acosa, corre más que nosotros, nos adelanta, ha llegado a la mayoría de edad. De aquí que clame por una participación más directa y eficiente en el gobierno, que su opinión pese en la hora de la decisión de la empresa, sindicato, partido...

La Iglesia, no obstante su carácter sobrenatural, no se ha visto libre del impacto de nuestro mundo actual precisamente porque también cuenta con un elemento humano.

Sumergidos de lleno en el ambiente descrito, no es extraño que se juzgue a la Iglesia con las mismas categorías que a las demás sociedades. Y así se le acusa ingenuamente de no saber atemperarse a las necesidades y exigencias de los tiempos actuales. Se le considera como símbolo de petrificación y anacronismo. Se le tilda por ciertos actos y prácticas piadosas vacías de contenido. Cosas semejantes se oyen de la predicación, de los clérigos, de la autoridad... lo cual ya atañe más de cerca a la esencia misma de la Iglesia. Se clama a voz en grito por la modernización de la liturgia, piedad, apostolado...

Algunos no han dudado en afirmar que el catolicismo, revestido de ciertos usos y formas, aparece en nuestros días parálítico, atrofiado y desvitalizado. Los intelectuales generalmente reconocen que la culpa, como tal, es de incumbencia de las personas, pero, no obstante, respaldados por profundos estudios sociológicos, se fijan más en las deficiencias de orden histórico social, como son la incompreensión, el atraso, la estrechez, la inadaptación y todo lo que no sincronice con el ritmo del progreso y de las necesidades actuales.

2.—Espíritu revisionista del Ecumenismo.

Además, no solamente es un problema planteado hoy día en primera línea entre los católicos, sino incluso entre los protestantes y los asociados al Movimiento Ecuménico de las Iglesias progresistas hacia la Iglesia católica.

La asamblea ecuménica celebrada en Amsterdam en 1944 se expresaba en los siguientes términos: "Proclamamos que la esperanza del mundo descansa únicamente sobre la Iglesia; porque la única esperanza del hombre está en el amor de Dios y la Iglesia es el lugar humano en donde el hombre

responde a ese amor. Creemos todos que la Iglesia es el don que Dios ha dado a los hombres para la salvación del mundo."

Esta afirmación solemne pudiera muy bien encuadrarse dentro de aquel dogma que contenido de diversas maneras en las fuentes de la Revelación divina, formulado a mediados del siglo III por San Cipriano y por Orígenes: "Fuera de la Iglesia no hay salvación." El conocimiento unánime de ese carácter trascendente de la Iglesia es la razón por la que el Ecumenismo ha hecho a la misma Iglesia el objeto principal de sus estudios y de sus críticas.

Ahora bien, los ecumenistas acatólicos parten del principio de "que ninguna de las denominaciones cristianas existentes pueden pretender el ser pura y simplemente la Iglesia de Cristo y la única poseedora de la verdad cristiana en toda su plenitud".

Los acatólicos más impacientes por llegar a la unión opinan que las distintas denominaciones cristianas no son más que grupos diferentes tan sólo por las diversas maneras de interpretar la misma verdad del cristianismo. Siendo, pues, la misma verdad que interpretan diferentemente, basta que adquieran conciencia plena de su unidad en la misma verdad para que en un acto de caridad y comprensión mutua se realice la tan ansiada unidad. Por eso observa Karl Barth: "La búsqueda de esa unidad es el sentido de toda empresa ecuménica, de la que únicamente la Iglesia católica se excluye a sí misma." De ahí que nada interese más a los ecumenistas que el determinar con la mayor exactitud el contenido de ese don de lo alto, que interprete diferentemente o que se halla repartido entre las diversas confesiones; ya que, por venir de Dios, es necesario, según sus altísimos designios, que sea integrado a la verdadera Iglesia de Jesucristo. Hallar y definir este núcleo divino, distinguiéndolo bien de todos los demás elementos humanos y terrenos, que por diversas causas se le han ido añadiendo en el correr de la Historia, era la meta a que se dirigían los esfuerzos de los asambleístas de Amsterdam.

Esta orientación característica del Ecumenismo se encuentra también en autores protestantes que escribieron sobre el Primado de la Sede Romana: Heiler 1941, Jalland 1944 y Cullmann 1952. Los tres resumen el ansia ecuménica de la unidad cristiana y por eso se proponen satisfacer a esta pregunta: "¿Es de Dios o de los hombres el Primado Romano tal como se ha desarrollado y afirmado en la Historia?" Por idéntica razón Herber 1944 observa que para llegar a la suspirada reunión o reintegración de las Iglesias en la plenitud del Cuerpo Místico de Cristo es necesario distinguir cuidadosamente lo esencial, o sea, las formas dadas

por Dios a la Iglesia, de lo secundario, o sea las formas eclesiásticas; el elemento divino del elemento humano en la Iglesia. Y culpa al catolicismo de confundir y equiparar ambos elementos y de caer por ello en un sistema que califica de totalitario.

Mas la Eclesiología católica nos enseña que todo desarrollo jurídico, toda su vitalidad externa y todo su "aparato" eclesiástico tiene por fin suscitar y mantener en el mundo la fe y el amor a Cristo.

Si la Iglesia es una sociedad que ha de procurar la salvación a todos los hombres, y éstos se encuentran en una atmósfera enrarecida, no podrá menos de desplegar su espíritu maternal para atenderlos en sus nuevas necesidades.

Mas ¿se verá obligada a renunciar a su constitución actual? Ciertamente que no, a no ser que renuncie a ser Iglesia.

¿Deberá, por lo tanto, permanecer como insensible a las zozobras en que se debaten sus hijos? La respuesta también es negativa.

Las realidades humanas históricas, culturales y geográficas, es decir, todos los elementos que integran las coordenadas espaciales y temporales de la vida humana, impusieron a la Iglesia diversas modificaciones, desarrollos, adaptaciones y reformas.

Esto aparece reflejado con evidencia cuando se consideran las formas externas de organización, de tal modo que, muchas veces, la comparación de lo actual con las formas primitivas resulta formulado en unos términos muy distintos y casi paradójicos. Y es natural que así haya sucedido, porque la Iglesia no es una cosa espiritual sin relación con el mundo de las realidades y de la acción humana.

El problema se plantea hoy cuando se trata de establecer los límites del uso de la técnica y de los medios modernos de propagar el reino de Dios en la tierra.

La Iglesia debe permanecer fiel a las líneas señaladas por su fundador, mas también ha recibido de El la capacidad de reorganizarse a sí misma según exija el cumplimiento de su misión en el mundo. La Iglesia debe adaptarse en lo que posee de substantivo sin desnaturalizarlo y cambiar lo que no es substantivo.

¿Cómo, pues, encontrarse dos líneas que siguen un curso paralelo en la encrucijada de hoy?

Los mismos protestantes, según hemos visto anteriormente, apuntaron el principio de solución: mediante el discernimiento de lo divino y lo humano en la Iglesia.

Problema vivo, candente y difícil desde hace veinte siglos y condenado a subsistir hasta el fin del mundo, pero jáctese nuestra generación de haberlo planteado crudamente sobre el cañamazo de lo doble milenaria tradición eclesiástica.

3.—Principios de solución.

METAFISICOS.—Los conceptos que vamos a conjugar constantemente en el desarrollo del presente estudio son los de **mutabilidad e Inmutabilidad** procedentes de la filosofía cósmica que aquí los usaremos en un grado mayor de abstracción, es decir, en un plano metafísico y aplicándolos a las partes de que consta la Iglesia militante. Ellos son los que nos ayudarán a discernir con toda certeza lo que en la Iglesia de Cristo es de derecho divino o lo que es debido a la organización humana. Es preferible seguir este método porque partimos de los mismos principios. La perspectiva es más completa porque partimos de lo alto y no de abajo arriba como sería agotando todos los contenidos de la sociedad Iglesia instituida por Jesucristo jurídicamente perfecta. Método seguido por el P. Sauras, O.P., y desarrollada por el P. Urdanoz, S.J. en las Conversaciones Católicas de San Sebastián habidas en julio de 1956.

Hemos anunciado que nos situamos en un plano metafísico. ¿Qué se entiende en esta ciencia por mutabilidad? "Todo cambio intrínseco en el ser." De aquí que todo dable por constitución, al menos ser creado o contingente sea mu-pasa del no ser al ser. Solamente un ser trasciende el campo de la por qué insistir en esta aserción, mutabilidad, y éste es Dios. No hay pues a todos nos consta claramente que lo contrario sería caer en un desprestigiado panteísmo.

Por lo tanto, fuera de Dios, todas las criaturas se inscriben en el dominio de lo esencialmente mutable, y si se da algo en ellas de inmutable, de Dios ha de derivar necesariamente. Mas ¿es posible que Dios pueda comunicar su inmutabilidad? Ciertamente que no puede Dios participar su inmutabilidad en un sentido pleno, a no ser que se condene a dejar de ser Dios. Pero esto no imposibilita que Dios pueda participar o comunicar una inmutabilidad analógica.

Pero es lícito afirmar que las esencias, abstraídas de su existencia, en cuanto que son un ser ideal y objetivo en el entendimiento divino, también son inmutables en la actividad immanente de Dios. Entran a confundirse con la esencia divina, que es inmutable por antonomasia; no obstante, si las pasamos al orden existencial físico, están también sometidas al devenir y mutación propios de toda criatura existente.

No se agota aquí el límite de la participación de lo inmutable en Dios. Las esencias de los seres, una vez se encuentran en el plano existencial, arrastran consigo todas las notas inmutables de su constitución esencial. Así, al hombre le es inmutable su animalidad y racionalidad si no queremos privarle de ser hombre. Lo mismo podríamos

decir de los demás seres existentes. Están sujetos, todos ellos, a unas leyes inmutables de ser y universales que forman la existencia de las ciencias.

La participación de lo inmutable se efectúa, en este supuesto, de la verdad ontológica de las cosas al conocimiento necesario e inmutable que se tiene de ellas. Por eso lo inmutable dentro de la naturaleza se encuentra primordialmente en el campo de la verdad objetiva y en la ciencia de ella.

Tal es el primer estrato de elementos inmutables que se encuentran en la Iglesia. Estas son las verdades naturales, las doctrinas de la moral natural y principios filosóficos en conexión con el dogma, o depósito de la Revelación, que constituye el campo más propio de la inmutabilidad de la Iglesia.

La verdad revelada es, en efecto, la participación primera de lo divino en la Iglesia, participación inmediata de la ciencia divina, que como tal es infalible, inmutable, aunque sea de objetos mudables y contingentes, pues "Dios conoce todas las cosas con inmutable verdad". Y como Dios no puede engañarse ni engañarnos, todo lo que El reveló a los hombres es infalible e inmutable. De aquí que la Iglesia goce del privilegio de la infalibilidad de las verdades de fe. Dios, una vez se ha dignado revelar a la Iglesia, no puede, con imposibilidad absoluta, permitir que su Iglesia yerre en materia revelada. Tanto es así que, aunque no se contuviera esta verdad en las fuentes de Revelación, sería una realidad la infalibilidad de la Iglesia. La infalibilidad es, pues, esencial en la Iglesia.

Este carácter inmutable se comunica también, en cierto grado, a las fórmulas definitorias. Ellas expresan substancialmente una verdad inmutable. Y aunque las expresiones verbales de las mismas son susceptibles de perfeccionamientos lingüísticos y literarios, la verdad expresada en cada fórmula debe responder y adecuarse a la realidad del misterio que se ha pretendido significar. Lo cual es inconciliable con la tendencia hacia el relativismo modernista que pretende infiltrarse en la Teología.

ECLESIALOGICOS.—La Iglesia no ha sido instituida para transmitir un sistema dogmático, sino para comunicar una vida divina y los elementos de la misma a las almas. Estos elementos de la vida divina son múltiples en la Iglesia. ¿Gozan todos ellos de la inmutabilidad?

También aquí debemos aplicar el criterio ya expuesto para las realidades naturales; puede darse, en estos elementos con que ha sido dotada la Iglesia por Jesucristo, una doble derivación o participación de la inmutabilidad de Dios: a) por la vía de esencias, y b) vía existencial.

a) La Iglesia, como ser social (realidad instituida inmediatamente por Cristo), posee una constitución esencial con sus leyes y relaciones como todo ser. Por lo tanto, será inmutable en ella su esencia misma, su estructura esencial, con todos los principios, notas y caracteres con que fue adornada para su existencia y desarrollo por su Divino Fundador.

Pero podríamos precisar más diciendo que es una inmutabilidad relativa, no absoluta, por cuanto es una institución positiva de Dios. No posee inmutaciones por sí misma, como las esencias naturales, como el hombre. La Iglesia sería Iglesia aunque hubiese sido fundada variados algunos principios actuales de su constitución, aunque no sería naturalmente la Iglesia como es de hecho, lo cual quiere decir que el conjunto de sus elementos no son categóricamente constitutivos de un ser llamado Iglesia, o que otros elementos no hubiesen podido formar la sociedad Iglesia, mientras que la animalidad y racionalidad solamente pueden dar el ser hombre.

Mas esta hipotética inmutabilidad no puede ser cambiada por los hombres, porque así le plugo a Dios. Por eso se confunde el elemento inmutable en la vida de la Iglesia con el elemento que remonta a una institución de su Fundador, denominado comúnmente elemento de "jure divino".

No es difícil enumerar cuáles sean estos elementos de "jure divino". La vida interior (le hace estructura o constitución) de la Iglesia puede reducirse, como muy bien escribió el Dr. Zaragüeta, al triple poder de que le fue conferido: 1) santificar, 2) enseñar, 3) gobernar.

1) Dentro del poder de santificación se presentan como inmutables el núcleo de instituciones fundamentales del culto cristiano y que se deben al mismo Cristo: el sacrificio de la Misa y los Sacramentos en cuanto a la substancia de los mismos, materia y forma, su eficacia de causar la gracia, sus efectos diversos, sujeto, ministro, disposiciones básicas para recibirlos...; la institución del sacerdocio, con todos los poderes que comparte; la ley divina de la oración, necesidad y efectos de la misma. Elementos esenciales que van acompañados de otros innumerables, instituciones y ritos variables que constituyen la liturgia.

En el transcurso de los años se añadieron a todo esto detalles que ya no procedían de Cristo, sino de la autoridad eclesiástica, y que, por lo mismo, están muy lejos de poseer la estabilidad de los que Cristo instituyó. En lo referente al orden aparecieron la tonsura, las órdenes menores y el subdiaconado; en lo referente al régimen, los cardenales, los vicarios, los párrocos con la división territorial.

2) En el campo de la enseñanza son inmutables todas las verdades dogmáticas que forman el contenido de la Revelación divina. En este orden, a los elementos variables pertenecen sólo las formas exteriores lingüísticas, de estilo y de distintos elementos de la imaginación culturales y hasta conceptuales con que pueden presentarse los dogmas. La inmutabilidad divina no alcanza a las consecuencias teológicas que pueden deducirse de los dogmas en cuanto tales.

3) Finalmente, se destacan como inmutables, dentro del poder de regir, todas las prerrogativas e instituciones que forman la función santificadora y el régimen esencial de la Iglesia: su finalidad sobrenatural como sociedad destinada a la salvación y santificación de la Iglesia; su estructura interna como Cuerpo Místico de Cristo con la unión interior por la caridad y todas las funciones vitales de comunicación de la gracia y vida divinas que ella comporta; su constitución exterior como sociedad visible con su poder de régimen reunido y acumulado en el Primado del Vicario de Cristo, con su prerrogativa de plenitud de potestad e infalibilidad de magisterio; asimismo, los otros elementos de su constitución monárquica y jerárquica; la sucesión apostólica de los Obispos... Por fin, las notas esenciales de unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad que acompañan a su vida y misión indefectible en la tierra. Con todas las conexiones, relaciones o leyes necesarias entre súbditos y jerarquía, el sacerdocio, el magisterio y los fieles..., que la realización en el tiempo de esta estructura esencial entraña y lleva implicados.

Esta enumeración, sumaria y descarnada, de los elementos inmutables de la Iglesia puede completarse desarrollando toda la Eclesiología. Fuera de éstos, es bien notorio que todas las formas, instituciones, legislación y demás elementos de la vida y organización de la Iglesia pertenecen al orden de lo fundamentalmente mutable, al campo de creaciones e instituciones positivas, de derecho eclesiástico.

Pero de ahí no podrá deducirse que todo lo establecido humanamente en ella conste de elementos puramente variables, sometidos a continua innovación, a un constante cambio por varios motivos:

En primer lugar, no son en rigor ritos o instituciones puramente humanas, sino de derecho eclesiástico, establecidas por la autoridad jerárquica de la Iglesia. Y la jerarquía recibe el poder sagrado, no del pueblo, sino de su divino fundador. Sólo a la jerarquía le corresponde decidir, en última instancia, sobre lo que es pasado, caduco e inadaptado en los elementos de la vida eclesiástica (ritos, cultos, legislación, formas de apos-

tolado...) y decretar su innovación.

Por otra parte, las leyes, en cualquier sociedad, se promulgan a perpetuidad, tienen vigencia de suyo perpetua mientras no sean abolidas. Y todas las instituciones de la vida eclesiástica están respaldadas por una legislación adecuada, juzgada más o menos conveniente o necesaria para alcanzar los fines de la santificación de la misma Iglesia. Así, pues, este conjunto de elementos vendrían a llamarse CUASI - INMUTABLES. El mismo Pío XII recordó a este respecto: "El estado de perfección o estado religioso es una de las cosas que no cambian jamás a pesar de la mutación de los tiempos", si bien las formas concretas de la vida religiosa deben hacer esfuerzos de adaptación a la época actual (2).

No obstante, están sujetas a envejecimiento, incluso a error, porque aunque se establezcan con la asistencia divina, no se establecen con una asistencia infalible ni con una asistencia que garantice la permanencia siempre operante y eficaz de lo establecido. Debido a esto, son posibles algunos cambios en la sociedad eclesiástica.

Pueden agregarse también, en el grupo de elementos cuasi-inmutables, el celibato eclesiástico, formas de oración y devociones en la piedad de la Iglesia, como la oración pública del oficio divino, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, la devoción a María...

La Iglesia debe reformarse y acomodarse a los nuevos tiempos, pero sobre la base de dichas instituciones tradicionales. Estas son las "vetera" sobre que deben fundarse las "nova".

El Concilio Vaticano II acaba de poner las bases de las reformas esperadas.

Otros elementos, en cambio, pertenecen a la pura accidentalidad de los ritos, formas culturales o leyes canónicas de la Iglesia. Tales serán los elementos más fácilmente mudables.

Todo lo indicado, sin embargo, es bueno. Cosas buenas que permanecen, cosas buenas que envejecen, cosas buenas no acertadas ni oportunas. Las primeras no cambian, las segundas pueden ser sustituidas, las terceras pueden ser retiradas.

¿Habrán también cosas malas? Sí las hay, aunque no es exacto decir que son de la Iglesia; más bien se debe decir que están en la Iglesia o que son de los que la representan. Porque la Iglesia es una sociedad en la que se integran lo divino y lo humano; lo divino santificador y lo humano santificable. No podemos afirmar que el mal se pueda santificar, ni que el hombre malo pueda hacer santa su maldad. El mal no forma parte de la Igle-

(2) Pío XII: "Discurso a los religiosos", 27 nov. 1950.

sia, aunque el hombre forme parte de ella.

Sin embargo, hay males en la Iglesia porque los tienen los hombres eclesiásticos. Estamos ante una sociedad de carácter ministerial. Son ministros el Papa, los Obispos, los sacerdotes. El Señor les dio el encargo de administrar lo divino a los hombres.

Hemos encontrado todo lo inmutable en la Iglesia dentro de los elementos divinos. Mas no todo lo divino en ella es inmutable. Lo divino existencial en ella, lo que se realiza y reside en los individuos concretos es por sí mismo fluyente y mudable. Tal serían los sujetos de poderes divinos, como los Obispos... Las leyes o condiciones esenciales, según las cuales cada sacramento produce sus efectos de gracia en el alma, son inalterables. Pero hay mudanzas y cambios continuos en la recepción concreta y actual de estos frutos de la gracia y carismas divinos según las mil variaciones de las disposiciones del alma.

De aquí que la ley del vivir cristiano, individual y social eclesiástico, es no de inmovilismo, sino de renovación y movilidad. Una corriente constante de dones divinos, de gracias y de elementos de vida divina fluye a través de todo el organismo viviente del Cuerpo Místico; se difunde e irradia por órganos de comunicación de los sacramentos y por los demás dad cristiana para enriquecer las almas, para realizar el crecimiento y evolución continua del vivir cristiano en cada individuo y en todo el cuerpo eclesial.

En este sentido debe de hablarse del mensaje cristiano como un mensaje de Novedad, según el texto de San Irineo: "Christus omnem novitatem affert", de negación de toda vetustez en la Iglesia de Cristo, la cual no es vieja, sino que siempre aporta fermento de innovación y que puede decirse que se halla al comienzo de su vida. Que la Iglesia es un proyecto aún no realizado del todo, sino que sigue realizándose, puesto que Jesucristo no acabó del todo el proyecto, y así afrontar toda novedad de los tiempos, adaptarse a todas las nuevas situaciones de lo temporal, asimilarse todo lo que hay de legítimas conquistas en los tesoros de la cultura de los tiempos modernos. Los elementos inmutables de su esencial estructura divina y la virtud del Espíritu Santo, alma del Cuerpo Místico que lo vivifica, garantizan que este crecimiento y evolución del organismo viviente de la Iglesia sea siempre homogéneo.

Por eso no hay incompatibilidad alguna entre tradición y progreso, entre proyecto y realización, dentro de la Iglesia. Ella realiza la unión y armonía admirable de esta aparente antinomia entre lo inmutable y lo mudable, entre los elementos de tradición y progreso,

que son los "nova et vetera" de la parábola evangélica (Mt. 13, 52).

4.—Condiciones para saludables reformas en la Iglesia.

El presente estudio debe revivir en nosotros un esperanzador activismo, pues no ha enseñado que no todo lo que hoy integra la Iglesia es inmutable; por lo tanto, si conviene, por exigencias de los tiempos actuales, puede ser cambiado.

Una gran perspectiva se abre para el apóstol inquieto, clérigo o seglar. Tiene ante sí una ingente e inmensa problemática sobre los aspectos concretos de posibles reformas, cambios y adaptaciones de la Iglesia a los nuevos tiempos, sus normas directrices y métodos particulares, como la mejor aportación que puede prestar al Concilio que celebra.

A este respecto, cuatro son las condiciones según Congar, O.P., para un reformismo auténtico, a saber:

- 1.—El primado de la caridad y de la pastoral.
- 2.—Permanecer en la comunión del todo.
- 3.—La paciencia ante las demoras.

4.—Una verdadera renovación por un retorno al principio de la tradición.

Estas cuatro condiciones fueron comentadas por el P. Sauras, O.P., de la siguiente forma. Nada sería tan perjudicial como hacer reformas no dictadas por graves y serios criterios. Para reformar se requiere en primer término una fidelidad absoluta al espíritu dogmático.

Las reformas se deben hacer con miras a la mejor obtención del conocimiento y de la vida divina (que es el fin de la Iglesia), y con vistas, asimismo, al mejor mantenimiento del orden social establecido por el mismo Cristo. Reforma que perdiera de vista la fidelidad debida a la jerarquía sería reforma cimentada sobre la arena.

Para hacer reformas será necesaria la fidelidad a las lecciones de la Historia, a través de la cual se han establecido ya tantas. Y se precisará tener en cuenta la psicología, cultura actual, la sociología...

Sería perjudicial inspirar las reformas en motivos exclusivamente accidentales, olvidando las substanciales. Las motivaciones históricas o estéticas, por ejemplo, son secundarias. Lo que interesa, sobre todo, es ajustarse lo más posible a

la Revelación y hacer lo que sea más útil y eficaz para las almas. Luego vendrá el cuidado de lo circunstancial. Sacrificar el carácter pastoral al artístico sería perder de vista la finalidad de la Iglesia, que es una sociedad salvadora y no una sociedad cultivadora del arte.

La Iglesia, dice Karl Rhaner, debe considerar a menudo la "forma de su existencia oficial", no sólo para examinar las deficiencias o tentaciones humanas, sino también para revisar un "cierto estado de cosas", un conjunto de estructuras o formas históricas mal adaptadas a un tiempo determinado.

Sabemos que la Iglesia es inmutable en su estructura jerárquica, en la substancia de los sacramentos y en el conjunto de verdades reveladas. Pero fuera de la garantía absoluta de perpetuidad, la Iglesia es humana y depende de las condiciones psicológicas de la vida humana y de las condiciones de existencia de toda sociedad.

Aquí radica realmente lo trágico y maravilloso de la Iglesia: que Dios haya confiado a los hombres los tesoros soteriológicos y que la acción divina se realice a través de lo humano.

J. Bautista Morera, Pbro.
Lídice

ECOS DE "EL VICARIO" EN ALEMANIA

La tesis de Rolf Hochhut en la pieza teatral "El Vicario" (Der Stellvertreter), estrenada hace algunos meses en Berlín, puede resumirse en una frase: Pío XII tuvo conocimiento de las matanzas de judíos por los nazis; frente a esos crímenes guardó silencio, por lo cual se ha hecho culpable de un delito contra la humanidad.

Dejemos hablar a críticos autorizados. Oscar Simmel escribe en la prestigiosa revista alemana "Stimmen der Zeit" (abril 1963): "Para justificar ese silencio de Pío XII no basta decir que tal protesta hubiese tenido poco éxito. Quien así piense debiera atribuir valor a un hecho sólo en la medida en que tenga éxito exterior. El éxito exterior no es el criterio decisivo para justificar una acción. El Papa no estuvo frente a ese problema, sino que él pensaba en los muchos judíos a los que se podía ayudar con toda reserva; pensaba en las consecuencias de una protesta respecto a ese auxilio. El Papa estuvo frente a una elección. Desde un principio vio que debía escoger una salida, que se le presentó presumiblemente como un mal menor. Tenía fundadas razones para sospechar que con una protesta pública alcanzaría justamente lo contrario de lo que intentaba. La propaganda alemana lo sindicaría inmediatamente como partidario de los Aliados, y los judíos en particular serían los primeros en sufrir las consecuencias. Pío XII estuvo frente a una situación muy complicada. Puede uno ser de opinión que se equivocó al obrar así, pero al que juzga de ese modo hay que recordarle que el Papa tuvo que actuar entonces, no ahora."

¿DEBERIA EL

Mons. E. Klausener, en el diario berlinés "Der Tagesspiegel", del 1 de marzo de 1963, opina: "También para los literatos vale el mandamiento: No levantarás falso testimonio! Pío XII optó por la renovada protesta diplomática y no por la protesta pública a favor de los judíos, pensando en los que él podía salvar y efectivamente salvó. En Roma e Italia poseía la suficiente autoridad moral para aprovechar todas las posibilidades. Pero en el mundo de entonces no la tenía. Actuó como se debe actuar en toda catástrofe política: se salva lo que se puede salvar. Hochhut comete muchos errores en su obra dramática, sobre todo al tratar de cosas de la Iglesia. Al dramaturgo se le aconseja en general que retrate ambientes que conoce. Es tremenda la apodíctica seguridad acusatoria de Hochhut. Dice de Pío XII: "Quizás nunca en la historia hayan pagado tantos hombres con su vida la pasividad de un solo político." Cuando comenzaron, en julio de 1942, los arrestos de judíos en Holanda, los Obispos católicos protestaron enérgicamente en una pastoral que se leyó en todas las iglesias. En seguida comenzaron las horribles represalias de los nazis. Así murió Edith Stein.